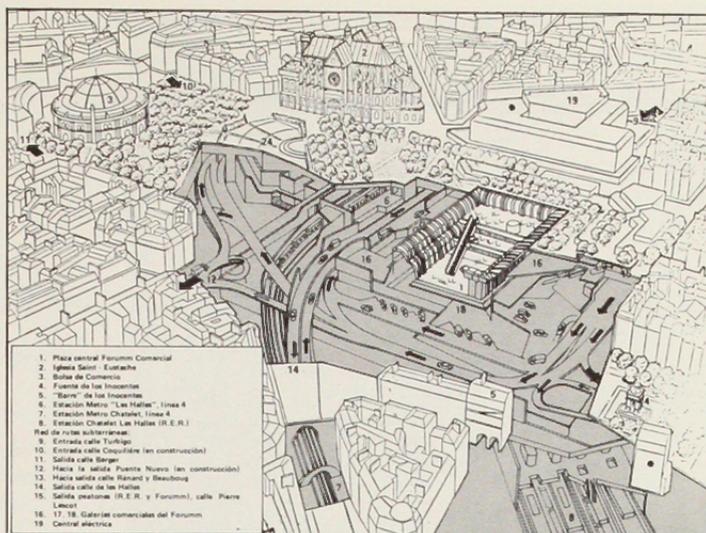


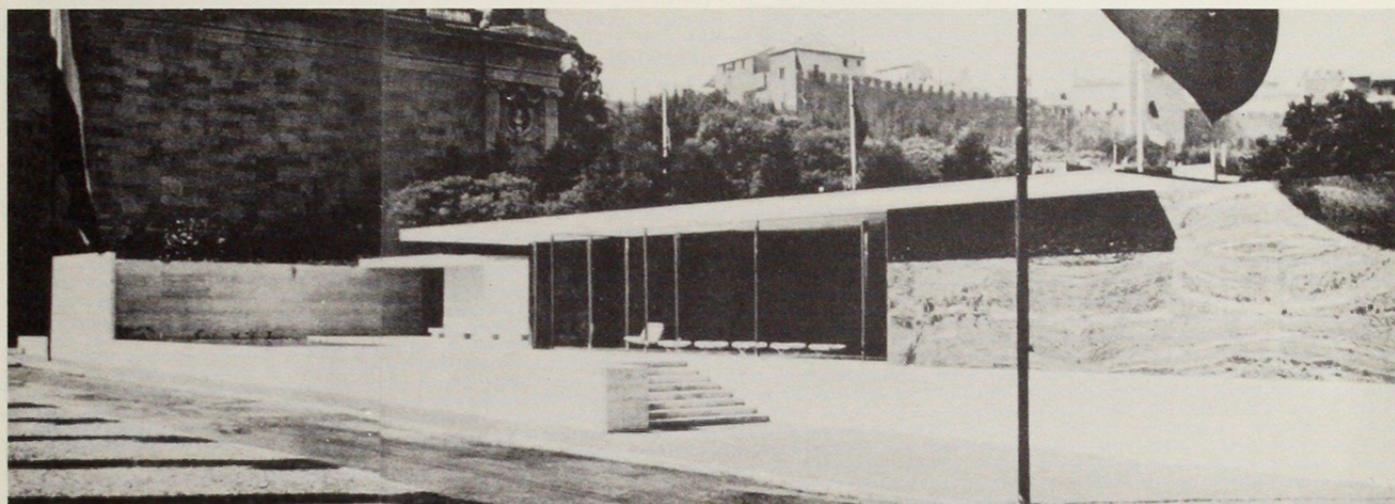
lujo de construir hoy una torre de Eiffel, un Taj-Mahal o la Pirámide de Cheops. Aunque París continúa siendo un gran centro cultural mundial, no puede permitírsele todo.

Pero lo más decepcionante es que, realmente, ninguno de los proyectos presentados contiene aquel toque de genio, ese brillo impactante que consigue una aprobación unánime. Nada, un desfile de sueños, de ejercicios de estilo, pero nada realmente alternativo al proyecto oficial. En síntesis, los arquitectos han perdido la oportunidad de inscribir en el relieve de París, una nueva obra que marque la época - como el Centro Pompidou por ejemplo - . Por querer volar demasiado alto, a la imágen de Icaro, se han estrellado contra el duro suelo de la derrota.

París, Febrero, 1980.



3 Vista axonométrica y cortes mostrando la infraestructura subterránea. (Le Monde, 25-12-79, Diseño de Gérard Chenet).



RESURRECCION Y DESAGRAVIO

Arquitecto ABRAHAM SCHAPIRA

El Pabellón Alemán de la Exposición de Barcelona en 1929, obra del arquitecto L. Mies Van der Rohe, fue uno de aquellos edificios cuya vida efímera significa apenas algo más que un proyecto, puesto que la ceguera histórica de promotores y continuadores del evento, permitió su demolición muy poco tiempo después de creado. Por lo tanto, pocos tuvieron el privilegio de verlo y tal vez poquísimos supieron experimentar delante de ese austero y reducido pabellón que nada utilitario contenía, la emoción de hallarse ante uno de los monumentos más trascendentes del siglo, por la perspectiva que su planteamiento compositivo ofrecía al futuro.

El pequeño edificio reflejaba un milagro. Plasmaba integralmente en arquitectura toda la poética neoplástica del movimiento cultural europeo, iniciado en las artes gráficas y rematado brillantemente por Mies en la primera proposición de un espacio universal, conti-

nuo, articulado y fluente. Tratábase, pues, de una opción arquitectónica verdaderamente libre y original, de una obra pionera y futurista indispensable para el desarrollo ulterior del movimiento racionalista, a partir de la cual quedaba formulado un nuevo lenguaje basado en la liberación definitiva de la caja mural soportante y una nueva función del muro como articulador del espacio.

Hoy señalamos con satisfacción que, a 50 años de distancia de ese acontecimiento creativo, surge una campaña pública en favor de su reconstrucción. Iniciada en Barcelona por un grupo de profesionales, lleva ahora el patrocinio oficial del Colegio de Arquitectos de Cataluña. Y el propio ayuntamiento de Barcelona, que hace una década, con motivo de la muerte del maestro, ignorara una proposición idéntica, se muestra hoy dispuesto a impulsar la campaña. Enhorabuena para este proyecto, que es un acto de desagravio, pero también un gran precedente de preservación del patrimonio monumental de nuestro siglo y, como ha afirmado acertadamente la prensa, una lección de auténtica política cultural.

Madrid, Enero, 1980.